

# **PARTIDO DEL TRABAJO**



LA IZQUIERDA MEXICANA  
ANTE LOS DESAFÍOS

## **LA IZQUIERDA MEXICANA ANTE LOS DESAFÍOS PRESENTES Y FUTUROS**

SEGUNDA PARTE

POR: ALEJANDRO ALVAREZ BÉJAR

SEGUNDA PARTE

PARTIDO DEL TRABAJO



LA IZQUIERDA MEXICANA  
ANTE LOS DESAFÍOS  
PRESENTES Y FUTUROS

POR: ALEJANDRO ALVAREZ BÉJAR

SEGUNDA PARTE

Por otro lado, tenemos al zapatismo que, según el gobierno, hasta hace poco todavía estaba restringido a "unos cuantos municipios de Chiapas", pero en rigor, con una presencia multívoca y por demás compleja, al punto que debemos verio como lo que realmente es: al mismo tiempo un agrupamiento de izquierda y un ejército rebelde (EZLN) que ocupa un territorio (en Chiapas), una fuerza política que

## **LA IZQUIERDA MEXICANA ANTE LOS DESAFÍOS PRESENTES Y FUTUROS**

POR: ALEJANDRO ALVAREZ BÉJAR

SEGUNDA PARTE

tiene presencia en muchas localidades (especialmente en los municipios Pedro Miguel y Libertad de los Pueblos Mayas y Tierra y Libertad), también un movimiento social de asociación nacional (en un tiempo se expresó a través de la ANIPA, Asociación Nacional Indígena por la Autonomía y en otro tiempo por medio del Congreso Nacional Indígena) y hasta es parte de un movimiento social e internacional (en alianza tácita con los allermundistas), aunque además ha pretendido, sin éxito, ser un frente nacional (FZLN).

El zapatismo ha dejado de ostentarse como

Por otro lado, tenemos al zapatismo que, según el gobierno, hasta hace poco todavía estaba restringido a “unos cuantos municipios de Chiapas”, pero en rigor, con una presencia multívoca y por demás compleja, al punto que debemos verlo como lo que realmente es: al mismo tiempo un agrupamiento de izquierda y un ejército rebelde (EZLN) que ocupa un territorio (en Chiapas), una fuerza política que tiene gobiernos en muchas localidades (especialmente los Caracoles en varios municipios de Chiapas, como San Pedro Michoacán, General Emiliano Zapata, Libertad de los Pueblos Mayas y Tierra y Libertad), también un movimiento social de proyección nacional (en un tiempo se expresó a través de la ANIPA, Asociación Nacional Indígena por la Autonomía y en otro tiempo por medio del Congreso Nacional Indígena) y hasta es parte de un movimiento social e internacional (en alianza tácita con los altermundistas), aunque además ha pretendido, sin éxito, ser un frente nacional (FZLN).

El zapatismo ha dejado de ostentarse como

opción armada, aunque sin dejar de serlo, para enfatizar su raíz como movimiento social indígena; reivindica una estrategia de rebeldía más que una estrategia de poder; se preocupa por expresar su fuerza moral más que su capacidad militar; su apuesta es por un gobierno colectivo controlado desde abajo y no conseguido a partir de un registro electoral; insiste en enfatizar los cambios en la esfera de la producción y no confiar cómodamente en las políticas estatales distributivas de combate contra el hambre y la miseria; se pronuncian por ir en contra del modelo de acumulación existente; destacan su condena sistemática a la violencia explícita de la exclusión social, al igual que condenan la violencia de la guerra sucia en contra de los movimientos sociales y de los movimientos armados y se pronuncian en contra de las más variadas vertientes de golpeteo contra los opositores al régimen.

Insisten en su denuncia de que esa guerra sucia fue justificada, primero, con la ideología de la Guerra Fría y del nacionalismo revolucionario y, más recientemente, con la

militarización “preventiva” de enormes porciones del territorio nacional y con el impulso a los grupos paramilitares, mientras se asienta, por otro lado, la acción divisionista de las políticas “de ayuda social” para descomponer el tejido de las comunidades más pobres y atrasadas del país, que son en las que ellos se asientan.

El zapatismo reivindica la política como autogestión, autogobierno, como forma de rehacer las relaciones entre las gentes, y la repudian como mercadotecnia, como “marketing político”, pero, paradójicamente, es tal vez en el ámbito cultural de los medios de comunicación donde han tenido sus mayores éxitos. Por cierto, parte de sus éxitos iniciales estuvieron en haberle arrancado al PRD la capacidad de convocatoria sobre jóvenes e intelectuales, pero la decisión de usar el silencio como arma de denuncia y luego las críticas puntuales a intelectuales que fueron cercanos, enrarecieron esa capacidad de convocatoria, restringiéndola a las zonas indígenas y campesinas. Es cierto que pueden retomarla en

cualquier momento, pero a medida que se alargan los años de la resistencia, las bases urbanas más lejanas del zapatismo tienden una y otra vez a encontrar puntos de desacuerdo y hasta fricciones con la dirigencia zapatista por su silencio, cosa que ha cultivado y aprovechado calculadoramente el gobierno federal.

En suma, reconocido el valor y las limitaciones de ambos polos, sólo resta reivindicar que pueden y deben construirse puentes entre los dos grandes ejes de la izquierda mexicana, el PRD y el zapatismo, apuntando a las confluencias estratégicas en la resistencia social contra el neoliberalismo y delimitando con claridad los aspectos en los que no se aceptarán mayores retrocesos programáticos, por más atractivo electoral que se acumule. Nada de “quitarle el freno al cambio” como dicen los promotores de las reformas neoliberales: se requiere acelerador a fondo, pero con cambio de rumbo. Esto tendrá que hacerse sin ilusionarse con el brillo coyuntural y sin caer en el deslumbramiento propio de la cultura de los liderazgos carismáticos, sentando

bases programáticas claras y objetivos políticos perfectamente delimitados en cada campo de lucha; sólo así se podrá avanzar.

La izquierda mexicana. ¿En crisis de desaparición o en crisis de expansión?

En un cierto sentido, la izquierda social mexicana está gravemente herida por la crisis moral, misma que fue aprovechada al máximo por el gobierno y los grandes grupos empresariales que controlan los medios de comunicación. Esa crisis moral no cayó del cielo, sino que fue inducida por la sistemática acción estatal para vulnerar la calidad moral de la izquierda, mediante el impulso a una política de escándalos mediáticos que comenzaron como sacudimientos entre las élites en 1993 pero ya en 1999 se dirigieron contra la izquierda social, despedazando la calidad moral y cuestionando la madurez política de los dirigentes estudiantiles de la huelga universitaria de ese año, movimiento con el que los medios de comunicación se ensañaron desdibujándolos como políticamente

elementales, irracionales hasta con sus propios integrantes, autoritarios y torpes, dejando en bandeja de plata que las autoridades se apropiaran de la imagen de la UNAM como prestigiosa institución pública de educación superior pero, por otro lado, también descalificando al movimiento estudiantil como manipulado por la fuerza perredista, aunque el PRD nunca tuvo la dirección.

Así seguimos hasta que el panismo retoma de nuevo en el 2004 la descalificación moral de la izquierda partidaria, al exhibirla “in fraganti” por el recurso pedestre de la “cámara escondida” en las propias oficinas de un empresario tan obsequioso como chantajista, que les entregaba dinero para las campañas electorales del partido de su amiga íntima, mientras les filmaba con la intención de chantajearles y cobrarse influencias en puestos delegacionales claves para sus negocios. Esa trampa elemental y su exhibición comprada por el panista Diego Fernández de Cevallos en cadena nacional, sirvió para dejarla moralmente desarmada e incapacitada temporalmente para dar

credibilidad a una práctica política opositora consistente, expuesta a la tentación de montarse sobre la popularidad de López Obrador, recuperando la institución priista de “la cargada” para olvidar la crisis moral y dejar sin tratar a fondo los problemas de su pragmatismo, que llevó a conjuntar la crisis moral, organizativa y de credibilidad del PRD.

Sin ninguna duda, la crisis moral de la izquierda partidaria tiene que servir de impulso para recuperar credibilidad como fuerza realmente alternativa, acumular fuerzas a nivel nacional e internacional y expandir su influencia política, social e institucional. Y en eso, tendrá que echar mano de las reservas morales que le quedan, aunque sea fuera de sus filas, tanto en el zapatismo como en otros segmentos de la izquierda social.

¿Tiene la izquierda una base social más clasista o más ciudadana?

La realidad mexicana arroja múltiples evidencias de que, por efectos del

neoliberalismo, han aumentado en el país la fragmentación social, la marginalidad y la desigualdad que tenía viejas raíces históricas. Junto con ello, han aumentado las tensiones sociales y las respuestas autoritarias ante las demandas sociales, colocando a la violencia política como un recurso peligrosamente fácil de generalizarse.

En ese contexto, y si juzgamos a partir de los dos grandes referentes que hemos mencionado, podemos decir que la izquierda tiene problemas de principios, de liderazgo, de conducción y de militancia, pero, a pesar de todo, tiene una base social en importantes contingentes urbanos multclasistas, conformando un abanico que abarca desde la clase media hacia los trabajadores asalariados y partes del proletariado industrial, los comerciantes y, en general, segmentos de los autoempleados, los micro, pequeños y medianos empresarios (todo lo cual se refleja como presencia de algún tipo de izquierda en barrios, universidades, escuelas, mercados, medios de comunicación, organizaciones culturales y

agrupamientos cívicos), así como en contingentes indígenas y campesinos (en las zonas de mayor población indígena del país y entre campesinos del noroeste, sur y sur-sureste de México).

Pese a todo, la izquierda ha estado presente en los movimientos sociales de estos dos últimos años que han sido o abiertamente en contra del neoliberalismo y del TLCAN en el campo y en las ciudades en contra de las privatizaciones y del desmantelamiento de las precarias conquistas del Estado de bienestar y también en contra de instrumentos neocoloniales como el TLCAN. Si bien los movimientos tienen fases de auge y reflujo muy acusadas, que finalmente les llevan a desaparecer como por arte de magia del mapa político dejando que el espacio lo cubran los partidos, lo cierto es que han mostrado, como en otras latitudes del planeta, eficacia limitada en cuanto a la resolución completa de las demandas sociales, aunque es justo reconocer que con ellos se han ido depurando ideas unitarias y puede decirse que hasta esquemas novedosos en el terreno de las

alianzas sociales. Estas pueden ser bases sólidas para el crecimiento, pero es preciso insistir en la necesidad urgente de configurar liderazgos clasistas, direcciones políticas responsables y experimentadas en la negociación política, una militancia firme y decidida.

La amplitud de las fuerzas que confluyen en los movimientos sociales ha sido un logro, pero también se ha reflejado como problema (sobre todo en el movimiento campesino), ya que en el campo, las organizaciones campesinas movilizadas incluyeron coordinadoras regionales y nacionales, uniones, coaliciones, frentes, redes (especializadas y sectoriales o misceláneas), para finalmente acabar dividiéndose (unos por efecto directo de la tentación de que pueden sacar más negociando directo con el gobierno, otras marginadas por su incapacidad o inexperiencia en la negociación).

En ese contexto, es evidente que la tarea más perentoria es buscar la confluencia de las luchas clasistas con las movilizaciones ciudadanas que se avecinan, comenzando por la

lucha contra el desafuero de López Obrador, pero siguiendo con las luchas por la defensa del patrimonio nacional, especialmente, en contra de la privatización del sector energético, en contra de la reforma laboral y en contra del desmantelamiento y privatización de la seguridad social, así como en contra de la mercantilización de la educación y la salud.

Objetivamente pues, están sentadas las bases para un recrudecimiento de las resistencias clasistas y su eventual convergencia con las exigencias ciudadanas, como la de frustrar la lógica toda detrás del desafuero contra López Obrador y la de empujar un cambio económico y social claramente antineoliberal. Basta con recordar como creció la marea cardenista en 1988 y revisar las resistencias ciudadanas en múltiples procesos electorales locales, para darse cuenta de que estamos en la antesala de otra oleada de resistencia ciudadana girando alrededor de la opción electoral como mecanismo no sólo para eludir la represión gubernamental sino para refrendar, con plena legitimidad, la voluntad de acceder a un cambio



pacífico del rumbo económico nacional.

¿Cuál es el centro de los debates sobre estrategia y táctica?

Hay que reconocer que dentro del legado histórico de la izquierda a nivel mundial, podemos identificar como básicas las siguientes ideas: la de la relevancia de la cuestión nacional en los tiempos del imperialismo, la de importancia de las relaciones partidos-sindicatos, la crítica al parlamentarismo, la importancia de la estrategia y los caminos del poder, añadiendo nuevamente la necesidad de contar con una teoría revolucionaria.

Con eso y con la práctica concreta, podemos decir que la izquierda mundial acabó por tener una cultura común, pero en nuestro caso nunca hemos tenido lo que si tuvieron en Europa y otros lugares del mundo, un movimiento obrero independiente. Nosotros hemos tenido a las fuerzas de izquierda empujando grandes movimientos sociales por la construcción de organizaciones sindicales,

populares, estudiantiles, magisteriales, campesinas; luego, por conseguir su independencia y autonomía frente al Estado, pero nada más, porque bajo la realidad de sus propios errores, cayó sobre ella el peso de la represión y el corporativismo oficialista.

Históricamente hablando, estamos pues en una transición política incierta donde el viejo corporativismo priista agoniza pero sin ser abolido y la nueva cultura de autorrepresentación independiente se esfuerza en surgir, tanto en la ciudad como en el campo, con una enorme necesidad de autonomía, de reconocimiento y solidaridad entre las clases subalternas, aunque, hasta cierto punto, el proceso sigue trabado o evoluciona asincrónicamente entre los trabajadores urbanos y rurales.

Como en otros lugares del mundo, en México, una de las líneas centrales de tensión está en la relación entre partidos y movimientos, pues hay corrientes políticas de izquierda que reivindican la necesidad de recomponer la

política dinamizando las luchas sociales mediante el apoyo a sus demandas, mientras hay otras corrientes que insisten en que la opción estratégica es la electoral y que debe crearse un amplio polo de izquierda “moderna”, eso es, esencialmente un polo electoral, parlamentario, negociador de espacios limitados y con gran visibilidad como referente nacional alternativo, pero básicamente sin cuestionar a fondo al sistema capitalista y siempre dispuesto a pactar con quien se deje (PRI en algunos estados y temas, PAN en otros estados y problemas).

Un segundo debate, más complejo y en ocasiones cifrado, es el que se refiere a la tensión entre la lucha democrática y la lucha legal. Como ejército en armas, no dejó de sorprender hasta al propio gobierno federal, que los zapatistas centraran sus baterías políticas en la movilización por la aprobación de la Ley de Derechos y Cultura Indígena, que plasmaba los referentes básicos contenidos en los Acuerdos de San Andrés.

La reacción del Poder Judicial desechando

sin miramientos las controversias constitucionales interpuestas en masa por numerosas comunidades indígenas contra la nueva ley, tampoco probó la inutilidad de las controversias como lucha legal, sino más bien, confirmó la aberrante subordinación de la Suprema Corte a los designios del presidente en turno y evidenció la grave crisis de legitimidad que, a partir de entonces, viven el Poder Ejecutivo, el Legislativo, el Judicial y el propio sistema de partidos. Fox no resolvió el problema de Chiapas en 15 minutos, pero sí puede decirse que en 15 días consumió el capital político que había ganado en las elecciones con millones de votos. Y eso lo consiguieron los zapatistas sin disparar un solo tiro gracias al valor, la audacia y la inteligencia de salir de la clandestinidad en las tierras de Chiapas para llegar a la Ciudad de México, desarmados, en un complejo e inusitado recorrido que catalizó una enorme energía de masas a favor del zapatismo y las luchas de los pueblos indígenas.

De igual manera, está como un activo político de valor estratégico la larga trayectoria

seguida por el Comité de 68 exigiendo la reforma del sistema judicial para poner término a la impunidad de los gobernantes, demostrando con una acuciosa reconstrucción de hechos históricos y argumentos jurídicos, la responsabilidad de funcionarios de altísimo nivel por el delito de genocidio en 1968, en 1971 y durante los años de la “guerra sucia”. Se ha fundamentado con contundencia jurídica la imprescriptibilidad de dichos delitos de lesa humanidad y se consiguió indiciar judicialmente a personajes del nivel del expresidente Luis Echeverría, de sus altos funcionarios Mario Moya, Luis De la Barrera y Miguel Nassar Haro, aprovechando la creación foxista de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP).

La preocupación estratégica es que si persiste esa conducta prepotente de los poderosos, persistirán los riesgos de que haya represiones masivas impunes en contra de los movimientos sociales. Como la legalidad no es un espacio fijo que pueda cederse graciosamente a los grupos de poder, hay que acabar con la

impunidad como cáncer que corroe la vida política y social del país, justo porque retroalimenta la cultura autoritaria y violenta de las élites políticas contra los sectores dominados. Sin forzar el cambio de la cultura autoritaria de las élites, seguiremos recreando las condiciones de agresión contra las clases subalternas.

De aquí se deriva un tercer debate sobre si la lucha electoral por el poder (o la presencia en el gobierno) potencia o desdibuja la política de la izquierda como tal o si lo que debe hacerse es concentrarse sólo en potenciar al máximo las expresiones políticas y organizativas de los explotados y los excluidos fuera del ámbito del poder. Este debate conecta con el problema de las opciones frente al neoliberalismo.

Por ello, en el momento actual, la atención debe darse a una comprensión cabal de lo que es el neoliberalismo y al debate sobre las opciones frente a éste, porque el neoliberalismo llegó al poder sobre la consigna de TINA que generó la Thatcher en Inglaterra (There Is No Alternative,

no hay alternativa... más que la política neoliberal). Como acertadamente lo reconoce Atilio Borón en el artículo antes citado, el neoliberalismo está hoy políticamente agotado pero sigue como proyecto y como exigencia política de las élites más poderosas del mundo.

¿Debe o no debe haber una búsqueda de poder y las reformas?

Mientras la descomposición política del PRD puede atribuirse, en buena medida, a la actitud pragmática y arrogante de que en la lucha por llegar al poder todo se vale, inclusive, recibir fondos de empresarios creyendo que trataban con “madres de la caridad” y no que esos aportes eran para ganar posiciones en los sistemas de representación electoral y hacer negocios a la sombra del poder perredista. Está también el dilema de que como de veras no todo se vale no puede abandonarse sin más el espacio de la lucha electoral, porque es el espacio de legitimación de todas las políticas que se aplican luego sobre los dominados. De ahí la insistencia del Departamento de Estado estadounidense en

que el pueblo mexicano “es libre para decidir sus gobernantes”, cuando se desbordan las evidencias de que se ha metido la mano para excluir a los candidatos que no le gustan.

El dilema no puede ser si graciosamente llamamos a votar por el más aceptado en las encuestas de opinión o si encabezamos el rampante abstencionismo electoral que se justificaría dada la miseria política del entorno y dadas las maniobras del PRI y del PAN. El verdadero dilema es programático: no se debe hacer ninguna concesión en temas como la energía, que es un asunto de interés nacional, con carácter público irrevocable, al igual que la seguridad social, la educación, la salud y los derechos de los trabajadores. Si el estatismo tiene algo de que avergonzarse en estos rubros, es justo por no haber ido suficientemente lejos en la defensa de “lo público”, por no ser suficientemente equitativo ni suficientemente transparente.

Hay que luchar por el poder, hay que utilizar el camino electoral de las grandes urbes y los mecanismos de usos y costumbres de las

comunidades más pequeñas, pero demostrando en los hechos, cualquiera que sea el nivel de poder al que se acceda, que somos una fuerza política diferente, de principios y responsable, orientada bajo la brújula moral zapatista de “mandar obedeciendo”.

Que no se olvide que, en conjunto, somos una fuerza capaz de actuar en la coyuntura electoral sin dar cheques en blanco para la enésima política proempresarial, pero también concientes de que un candidato de perfil socialdemócrata, en el contexto político actual, puede servir de punto de contención del neoliberalismo a nivel latinoamericano y como piedra de toque para la acumulación de una nueva correlación social de fuerzas nacionalmente, limitando el poder del capital financiero y avanzando en importantes reformas para recomponer el deteriorado ambiente económico, político y social.

Lo que veremos, ciertamente, no será el regreso al keynesianismo, al idílico mundo de la “economía mixta”, sino la redefinición de una

economía mundial globalizada y multinacional pero eventualmente sin el Estado nación rendido al esquema oligárquico y la privatización a ultranza, rendido a la utopía de que no hay de otra más que “dejar hacer” y empujar el “libre comercio”.

¿Las divisiones y contradicciones internas son más importantes que las coincidencias?

Hemos dicho que la tensión más importante en México está hoy entre la izquierda partidaria y la izquierda movimientista, entre los partidos y los movimientos sociales. Pero ahora tenemos una nueva realidad que es que muchos de los movimientos emergentes han sido corporativizados por el PRD, otros están semicorporativizados por el Estado, por el priismo y, sorprendentemente, también por el panismo que ha buscado jugar cartas propias entre los pueblos indígenas y entre las organizaciones campesinas. Vivimos la realidad de una sociedad corporativizada a la que le han crecido grandes sectores sociales desorganizados y despolitizados, mediante el

uso sistemático de los medios de comunicación de masas, al que le han crecido compromisos para sumarse a una u otra opción partidaria.

Tenemos, además, el problema de que donde debiera haberla, la vida política es poco estructurada y hay pobreza de debates, de modo que sigue prevaleciendo la cultura política de los liderazgos carismáticos, que no quieren aliados sino seguidores y adheridos total e incondicionalmente a las figuras emblemáticas. Es el caso del liderazgo de Cuauhtemoc Cárdenas dentro del PRD y ha sido y es el caso de López Obrador, pero lamentablemente parece ser también el caso del liderazgo zapatista, que se ha distanciado con la ANIPA porque no comparte toda la línea del EZLN y también el caso con el subcomandante descalificando exageradamente a muchos de los que en un momento dado fueron sus “asesores”, sólo porque tienen y ejercen opiniones propias en otros conflictos u otros ámbitos políticos.

Hay que reconocer que aunque formalmente se valora la idea de que se pelea por

un mundo donde quepan muchos mundos, otro mundo integrando las diferentes voces es algo que en la práctica no parece ni tan fácil ni tan cierto. Digamos que para la izquierda toda, éste seguirá siendo un objetivo estratégico a alcanzar.

Una segunda tensión está alrededor de la importancia o no de participar en los procesos electorales. Entre amplios sectores sociales se percibe la necesidad e importancia de participar en las elecciones nacionales, estatales y locales. Para el sector especialmente indígena y popular, los “excluidos” como los categoriza Armando Bartra, supuestamente no hace falta participar en eso. Pero para la ultraderecha neoliberal está bien que la participación electoral ocurra, pero no que llegue al exceso de poner como presidente a un “gobernante populista”: los electorados se equivocan, dijo Kissinger en el Chile allendista. Hay que prevenir, para no lamentar, dicen en el México del siglo XXI Carlos Salinas y Jorge Castañeda, velándole el sueño a Bush.

Tenemos que entrar en el proceso electoral, pero no es entonces realista esperar una confluencia pactada de toda la izquierda para entrar con un mismo candidato o bajo las siglas de un partido o de una coalición, por lo que un primer escenario realista que cabría esperar es que por la inercia de los mecanismos de control en esta sociedad hipercorporativizada, el PRI retome la Presidencia, aunque tal vez con un programa económico de neoliberalismo atenuado, por haber pasado ahora algunas de las reformas estructurales con cargo al desprestigio de Fox y para poder desarticular una parte de las tensiones sociales que ya se han acumulado tanto en el campo como en la ciudad, (esto implicaría que el bloque PRIAN eventualmente avanzara en la reforma laboral y de la seguridad social para someter a los “priistas sociales”, luego pasar a la reforma energética, para destruir a los “priistas nacionalistas” tipo Bartlett que ahí se encuentran pertrechados, y reposadamente, después de ganar las elecciones, ir graduando su aplicación en la vida cotidiana ). Por eso la

consigna del periodo tiene que ser muy clara: ni un voto más para el PRI, ni un voto más para el PAN.

Recordemos que dada la gravedad de las divisiones, está también abierto el panorama de una eventual desintegración de los grandes partidos, un segundo escenario que no sería tan remoto dada la intensidad y profundidad de las divergencias entre las diferentes facciones dentro del PRI, del PAN y del PRD y dada la tendencia a la judicialización de la lucha política, de tal modo que esa dinámica disgregadora de la crisis institucional de los tres poderes podría llevarnos a la condensación de las más variadas alianzas sociales para, eventualmente, perfilar una gran vertiente electoral de corte izquierdista y socialdemócrata, nacionalista con matices antiimperialistas y anticolonialistas, por un lado, y una vertiente neoconservadora, derechista, abiertamente autoritaria, proempresarial y pro-estadounidense, por el otro. Estaríamos ante la emergencia de un sistema electoral bipartidista basado en una

polarización sui generis.

En ese sentido, estemos claros de que por sectarismo frente a la socialdemocracia hay que cuidarse de no caer en el infantilismo de creer que un eventual triunfo de la derecha autoritaria nos proporcionará la base social más anticapitalista y más amplia que históricamente hemos andado buscando. Debe ponerse siempre por delante la importancia de la más amplia confluencia político-social para derrotar de nuevo al neoliberalismo en las urnas, como en 1988, asumiendo que ahora como entonces vivimos la expresión más acabada del capitalismo en su fase actual altamente depredadora, que se expresa políticamente en la alianza estratégica entre el PRI y el PAN.

Los retos estratégicos son mayúsculos, porque, además, está como requisito de consolidación de ese abanico de fuerzas derechistas que, habiendo desafortunado exitosamente a López Obrador, la lucha contra el desafuero entristezca a unos y deprima a todos y que repunte sólo para bien morir (por la

resignación deprimida de los defensores de AMLO o porque se le monten provocaciones al movimiento de masas para reprimirlo). Por supuesto, en este tercer escenario está potencialmente su contrario: que el contenido popular sumamente significativo en todo el país, logre catalizar como respuesta al desafuero energías sociales con un potencial aún mayor que el mostrado en 1988, pues hoy está asegurada la presencia masiva de movilizaciones sindicalistas (con electricistas, trabajadores del Seguro Social, telefonistas, universitarios y del magisterio, por lo menos).

No podemos olvidar que quitando al gobernador del Distrito Federal, la magnitud de los problemas de legitimidad que tendrían que reconstruirse con mercadotecnia desde el poder del PRI-AN serían formidables e irresolubles sin un cambio dramático en la situación económica: así, la crisis política del presidencialismo, del Congreso, del Poder Judicial, del sistema de partidos y sobre todo, la desconfianza ante las vías pacíficas para acceder al poder, podrían eventualmente dejar al país ante la disyuntiva



del socialismo o la barbarie, pero, de lo que no cabe duda, es que le dejarán ante la disyuntiva de una gobernabilidad democrática impuesta a las élites mediante el ejercicio masivo del voto o el regreso dramáticamente costoso del autoritarismo represivo.

En definitiva, hay que precisar con mucho detalle los términos de la correlación real de fuerzas para no ir más allá de lo que se debe ni quedarse más atrás de lo que se puede dadas las condiciones nacionales e internacionales. Sobre todo, la acumulación de coincidencias razonadas debe llevarnos a tratar con gran madurez el alcance de las divergencias para que la izquierda no quede rebasada, minimizada, atomizada o descabezada en el periodo histórico que se avecina, donde tendremos que ser muchísimo más que el partido político que hoy existe como representativo de la izquierda y mucho más que los movimientos sociales en que hoy participamos, aunque no todos los dirija la izquierda.



**UNIDAD NACIONAL  
¡TODO EL PODER AL PUEBLO!**

**1a Edición Diciembre 2005**

ESTA EDICIÓN ES SUPERVISADA POR EL PARTIDO DEL TRABAJO, UBICADA EN AV. CUAUHTÉMOC NO. 47 COL. ROMA, C.P. 06700, DELEG. CUAUHTÉMOC, MEXICO, D.F. Y CONSTA DE 3000 EJEMPLARES Y SE IMPRIMIERON CON CLAUDIA HERNÁNDEZ CORONA ESCUADRÓN 201 NÚM. 20 COL CRISTO REY DELEG. ÁLVARO OBREGÓN, MEXICO D.F. ESTA EDICIÓN SE TERMINO DE IMPRIMIR EL 9 DE DICIEMBRE DEL 2005.